

tismo, sino también a los comentarios patrísticos a las ceremonias del bautismo, p.e., el despojo de las vestiduras viejas y el revestimiento de las nuevas. Baste recordar los estudios de J. Daniélou sobre este asunto, que muestran un pensamiento teológico bien elaborado ya en el siglo IV, y que no es precisamente agustiniano.

Fiel a su posición abierta y serena, el A. resume así lo que estima datos irrenunciables en la doctrina del pecado original: «a) Existe en todo hombre un pecado verdadero y propio, aunque en sentido analógico, diverso de los pecados personales, y descrito por el Magisterio como muerte del alma, enemistad con Dios y privación de la justicia original. Se trata de un *estado*, diferente del *acto* pecaminoso procedente de la libre decisión personal. b) La gracia de Cristo libera verdaderamente al hombre del pecado original, de modo que la *concupiscencia*, que permanece en el bautizado, no puede ser considerada como pecado. c) Este estado de pecado se relaciona con la culpa de Adán, y cuando el Magisterio habla de transmisión por *generación*, ha de entenderse al menos como condición de pertenencia al género humano» (p. 360). Como lugar de referencia en que encuadrar este resumen, el A. remite a los nn. 402-412 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Los párrafos citados son una buena muestra de la posición del prof. Ponce Cuéllar en temas que exigen no sólo una buena información, sino un especial equilibrio y una atinada forma de decir. El libro contiene abundantes ejemplos de todo esto. Su autor merece por ello una sincera felicitación.

L.F. MATEO-SECO

Augusto SARMIENTO, Enrique MOLINA, Antonio QUIRÓS, Jorge PEÑACOBIA y José ENÉRIZ (eds.), *El primado de la persona en la moral contemporánea*, XVII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1997, 819 pp., 15 x 24,7, ISBN 84-8081-001-7.

Se recogen en este volumen las ponencias y comunicaciones del XVII Simposio Internacional de Teología celebrado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra del 17 al 19 de abril de 1996.

Más de un centenar de profesores de Universidades españolas y extranjeras, dedicaron sus trabajos a examinar las propuestas de la Teología Moral contemporánea que tienen como común denominador un planteamiento de tipo «personalista».

Bajo el título *El obrar moral personal* se ofrecen las ponencias y comunicaciones de la primera jornada, en la que se examinaron las diversas corrientes de pensamiento que, con más o menos razón, se califican como «personalistas», y su influencia en los enfoques actuales de los temas básicos de la Teología Moral.

El primer estudio corresponde al prof. Josef Seifert (Presidente de la Academia Internacional de Filosofía, Liechtenstein), y lleva por título *El concepto de persona en la renovación de la Teología Moral. Persona y personalismos*. Es un acierto que la intervención de Seifert sea la primera del Simposio, pues ayuda a precisar desde el comienzo en qué consiste el «personalismo adecuado», distinguiéndolo claramente del «personalismo imperfecto» y de los falsos personalismos. Por «personalismo adecuado» entiende Seifert «una filosofía (o teología) que hace *total justicia* a la realidad, naturaleza y dignidad de las personas» (p. 34).

La mayor parte de su conferencia consiste en destacar las principales características que deben observarse en una filosofía para que admita propiamente el adjetivo de «personalista»: la radical e insalvable distinción, que nunca puede explicarse por mera evolución, entre personas y seres no personales; la racionalidad del conocimiento y la trascendencia de la persona en el conocimiento de la verdad; la libertad de la persona, que incluye su capacidad de ser «dueño del ser y el no ser de sus actos»; el descubrimiento del corazón humano como sede de afectos, pues el personalismo adecuado es imposible si la racionalidad se reduce al intelecto y a la voluntad; la relación de la persona con «el mundo», con la totalidad del ser y con Dios, reconociendo en la persona la capacidad de realizar actos religiosos de adoración o acción de gracias; la afirmación de la persona como sustancia racional, como presupuesto de todos los demás atributos; el descubrimiento de su valor único y de su dignidad.

Basándose en estas características, Seifert formula a continuación la verdadera médula de la ética personalista en las palabras del personalismo ético polaco: *persona est affirmanda propter seipsam*. Este principio proporciona un adelanto ético definitivo, y supera las numerosas concepciones reduccionistas de la moralidad, que consideran la vida moral en términos de categorías impersonales como el apetido, el ansia de propia perfección, etc. Señala por último el prof. Seifert que el verdadero personalismo debe dar la primacía absoluta a los valores morales y religiosos; que debe comprender que la persona está esencialmente ordenada hacia una *communio personarum*; que el verdadero drama moral del hombre es la elección fundamental entre el bien y el mal, y que existen imperativos morales absolutos que nunca se pueden dejar en suspenso.

El prof. Ángel Rodríguez Luño (Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, Roma), en su ponencia sobre *El primado de la persona en la Moral Fundamental*, constata, en primer lugar, el hecho prácticamente general de la recepción

de la exigencia personalista en la Teología Moral contemporánea, y a continuación estudia la influencia de esa exigencia en tres aspectos: a) el enfoque y argumentación de la Teología Moral; b) los presupuestos filosóficos y antropológicos, y c) el modo de plantear y estructurar la Moral Fundamental.

La última parte de su ponencia consiste en una exposición sintética de la propuesta ética cristiana de las virtudes, comparándola con la ética de las normas. Termina su intervención aludiendo a un interesante campo que queda abierto a una mayor profundización: «llegar a comprender y a definir la estructura completa de las virtudes como principios prácticos, de forma que se pueda exponer adecuadamente toda la moral especial y que, en particular, se pueda entender bien cómo se articulan en el seno de una razón práctica, últimamente unitaria, los principios prácticos de la ética personal y los de la ética política» (p. 75).

En la tercera ponencia, dedicada a considerar *La dimensión teologal de la Moral*, el prof. Réal Tremblay (Academia Alfonsiana, Roma), intenta, en un primer momento, identificar lo que podría ser el núcleo, la «forma primordial» del obrar cristiano, un centro neurálgico, una actitud-tipo a la cual sea posible reconducir y sobre la cual insertar los otros múltiples y variados aspectos de la moral neotestamentaria. El prof. Tremblay muestra que ese núcleo es el «seguimiento» de Cristo y la actitud de «servicio». Al examinar el contenido de estos dos pilares de la moral neotestamentaria, el autor nos hace descubrir dos datos que califican en profundidad la moral cristiana. Por una parte, *un vínculo, una relación personal* del hombre con Jesús suscitada por Él mismo con una exigencia y una radicalidad absolutas; y por otra, *una relación con los hermanos* en un sentido muy específico. La presencia de lo «teologal» en esta moral cristiana se define, por tanto, en términos de *unión interior del hombre con Jesús y con su destino pascual, y de unión igualmente interior de cada uno con los hermanos*.

A continuación, el prof. Tremblay trata de dar respuesta a esta cuestión: ¿qué categoría de la antropología bíblica recupera mejor la relación del creyente con Dios en el Hijo y con los demás, y además la despliega en toda su densidad? La respuesta, fundamentada sobre todo en los escritos paulinos y joánicos, es la «filiación adoptiva». Por tanto, la antropología que está en la base de la vida moral de los creyentes es el *ser hijos en el Hijo* con la consecuencia de que, en este nivel del edificio moral, lo «teologal» se concibe como una participación en el misterio trinitario mediante la generación del Hijo. Pero, a su vez, la antropología filial implica una antropología de la donación a los demás cuya radicalidad no se explica sino a partir de la medida propiamente divina de la cual proviene. Así, lo «teologal» de la antropología referida al Hijo se alcanza a partir de una antropología que, *en virtud de su relación con el Hijo, resulta total apertura a los hermanos*.

En la segunda jornada del Simposio se pasa a examinar el influjo de las corrientes personalistas en los temas de la Teología Moral Especial y, más concretamente, en los que se relacionan con la sexualidad y la vida.

Comienza esta segunda jornada con la ponencia titulada *Persona, corporalidad y vida humana*, del Excmo. y Revmo. Mons. Carlo Caffarra (Arzobispo de Ferrara-Comacchio). Centrando el problema en la libertad como punto de encuentro de la relación entre cuerpo y persona, la ponencia señala que la verdadera respuesta a esta relación parte siempre de afirmar que el cuerpo es una dimensión de la persona respecto de la cual la libertad está en la misma relación que con la persona misma.

Como consecuencias éticas de este principio antropológico, cabe señalar: a) si la persona vive su ser cuerpo como algo distinto de su ser persona, en la comunicación interpersonal, el cuerpo (propio y ajeno) es tendencialmente usado. Por el contrario, cuando la persona vive su ser cuerpo como su ser persona en cuanto orientada al otro, en la comunicación personal el cuerpo se convierte profunda y sencillamente en el lenguaje de la persona, manifiesta el significado esponsal de la persona y hace posible la realización; b) la consideración científica y/o tecnológica del cuerpo, si viene afirmada como autosuficiente y completa, conduce a la negación de la existencia de un significado originario presente en la corporeidad o en la persona en cuanto cuerpo. De esa negación se sigue que la libertad debe *inventar, crear* de manera radical el significado que se ha de atribuir a la propia corporeidad: la comunicación-comunión pasa a ser objeto de contratación *radicalmente* libre.

En la ponencia *Persona, sexualidad humana y procreación*, el prof. Augusto Sarmiento (Universidad de Navarra), trata de mostrar cómo, para una valoración acertada de la sexualidad y de la procreación, sólo sirve una concepción de la persona que explique suficientemente las diversas dimensiones y significados de la sexualidad en la unidad del ser humano. La verdad y significado de la sexualidad debe ser buscada, en último término, en la relación creatura-Creador, expresada en la condición del hombre creado a imagen de Dios, porque esa verdad y significación «originarias» son las que han sido asumidas en el orden de la Redención.

La tercera ponencia de la jornada lleva por título *La persona y el respeto de la vida humana*. En ella, el Excmo. y Revmo. Mons. Elio Sgreccia (Instituto de Bioética, Universidad del Sacro Cuore, Milán), hace una valoración de las tesis personalistas en los temas centrales de la bioética, prestando particular atención a las fases inicial y terminal de la vida del ser humano.

En su intervención, Mons. Sgreccia pone de manifiesto que la valoración adecuada de los problemas exige superar la visión funcional y dualista de la per-

sona, y considerarla, por el contrario, en su significado ontológico. A partir de este enfoque, señala y explica los cuatro principios fundamentales que definen el ámbito propio de la bioética: 1) el principio del respeto a la vida y de la defensa de la vida física de todo individuo humano; 2) el principio de la globalidad o terapéutico; 3) el principio de libertad-responsabilidad, y 4) el de socialidad-subsidiariedad.

La tercera jornada se dedica al análisis de la dimensión social de la persona: de qué manera el sentido de la persona y la estructura y funcionamiento de la sociedad influyen en las grandes cuestiones de la actividad social.

El prof. José Luis Illanes (Universidad de Navarra), en su ponencia *Persona y sociedad*, se centra en el análisis del primado de la persona como concepto clave para la reflexión ético-política. En su estudio, el prof. Illanes se enfrenta con una cuestión teórica decisiva: ¿por qué y de qué forma la persona constituye una pieza clave en la estructuración de la filosofía social y política? Para responder a esta pregunta, analiza, en primer lugar, el concepto de persona y sus presupuestos filosófico-teológicos, destacando que la persona es «un ser a la vez e inseparablemente subsistente y abierto, dueño de sí y abocado a la comunicación y a la entrega. Y ello de manera radical y constitutiva, ya que esa, y no otra, es la ley que rige y gobierna el ser» (p. 615). En segundo lugar, estudia la conexión entre historia y escatología, para explicar la efectividad del mensaje evangélico en orden a la comprensión de la vida social y de la acción política. Tal efectividad depende de la adecuada comprensión del horizonte escatológico que dota de sentido a la vida del cristiano, y que no consiste en un soliloquio de cada alma, aislada de los demás seres, con un Dios aislado también en su mismidad, sino en la entrada en comunión con un Dios que es Trinidad, que implica, en consecuencia, una corriente de amor que, teniendo su centro en el misterio de comunión que es Dios mismo, abarca la pluralidad de seres que de Dios han recibido la existencia.

La última parte de la ponencia está dedicada al estudio de las implicaciones ético-sociales del primado de la persona: a) la sociedad civil o política como horizonte consustancial pero no último de la persona; b) la dignidad, propiedad inalienable; c) la armónica comunión entre las personas, fin y razón de ser de la sociedad; y d) la libertad y la solidaridad, condiciones del existir social.

*Ética y economía* es el título de la intervención del prof. Ildefonso Camacho (Facultad de Teología, Granada) orientada sobre todo a exponer la doctrina social elaborada por la Iglesia durante el último siglo. Consta que esta doctrina social —que no es un conjunto sistemático y terminado de principios morales— se ha ido sintetizando en torno a los siguientes principios: a) la per-

sona humana como principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales; b) la dignidad humana y los derechos humanos; c) el desarrollo integral y solidario; d) la prioridad del trabajo y la participación; e) el destino universal de los bienes y las diversas formas de dominio sobre ellos; f) la solidaridad como clave del sistema de valores; g) la igualdad y la opción preferencial por los pobres; y h) el respeto al medio ambiente. En su exposición, el prof. Camacho se esfuerza en mostrar cómo se da una fecunda interacción entre la realidad cambiante de los últimos años y la reflexión cristiana, y también entre esta última y otros intentos éticos que se hacen desde presupuestos no creyentes o desde organizaciones con una fuerte orientación técnica y hasta política.

En la última parte de su ponencia, el prof. Camacho, trata de acercarse más concretamente al momento en que nos encontramos para ver si la ética aporta nueva luz sobre nuestro contexto socioeconómico de fin de siglo. Para ello comienza por identificar los rasgos más característicos y las cuestiones más abarcales del momento, y a continuación trata de dar una respuesta tomando como base la aportada por Juan Pablo II en la encíclica *Centessimus annus*.

En el marco de la relación entre la persona, la ética y la actividad política, el prof. Carlos Díaz (Universidad Complutense, Madrid) se fija preferentemente en la *Tensión teísmo-atéismo en el planteamiento ético-social personalista* (éste es el título de su ponencia). Y situándose en la perspectiva del personalismo teísta —después de mencionar algunas diferencias con el personalismo ateo— termina proponiendo «un proyecto de politeia personalista-comunitario-creyente».

El volumen de las actas se cierra con la intervención del Excmo. y Revmo. Mons. Fernando Sebastián (Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española). La conferencia, que clausuró también las jornadas del Simposio, aborda una cuestión muy presente en las preocupaciones pastorales de la Iglesia en España, y ha merecido especial atención en la reflexión teológica de los últimos años: *Moral cristiana y pluralismo moral*. Atención que tiene su razón de ser en el amor al hombre y en la defensa de la dignidad humana, de cada persona humana.

Mons. Sebastián llega a conclusiones ciertamente interesantes de las que queremos destacar las siguientes: a) en una sociedad pluralista todas las éticas personales y grupales, religiosas o laicas, deben desarrollar como patrimonio común el respeto y la defensa de la libertad religiosa y moral de los ciudadanos; b) el patrimonio moral de la sociedad en general será el común denominador de estas convicciones morales de las personas y grupos; todos ellos deben vivir en un diálogo abierto que busque en la propia tradición las respuestas adecuadas a los nuevos problemas; c) cada persona, cada grupo, cada confesión reli-

giosa tiene que saber distinguir entre sus propias convicciones religiosas y morales y esa plataforma común por la que se rigen las decisiones comunes y las normas de convivencia. En esa intrínseca relación entre moral y sociedad —termina diciendo Mons. Sebastián—, «es la vitalidad de la sociedad entera, por obra de sus miembros personales y colectivos, con la influencia de las Iglesias que vivan dentro de ellas, lo que garantiza que la actualización de las legislaciones y de las instituciones sean cada vez más morales en el más amplio sentido de la palabra y traten de construir y reconstruir constantemente la concordia y la salud moral de las sociedades» (p. 819).

El estudioso de la Teología encontrará también en las Actas de este Simposio, casi cuarenta comunicaciones de profesores de Filosofía y Teología de diversas Universidades, sobre cuestiones relacionadas con los temas centrales de las ponencias.

T. TRIGO